

Gracias, señora (Thank You, Ma'am – Langston Hughes)

Era una mujer grande, con un bolso grande que llevaba de todo, menos martillo y clavos.

Tenía una correa larga, y lo llevaba colgado del hombro.

Eran alrededor de las once de la noche y caminaba sola cuando un chico corrió por detrás e intentó arrebatarse el bolso.

La correa se rompió con el único tirón que dio el chico desde atrás.

Pero el peso del chico y el peso del bolso juntos hicieron que perdiera el equilibrio y, en lugar de salir corriendo a toda velocidad como había esperado, cayó de espaldas sobre la acera, con las piernas por los aires.

La mujer grande simplemente se dio la vuelta y le dio una buena patada en pleno trasero cubierto de vaqueros.

Luego se agachó, lo levantó agarrándolo por la parte delantera de la camisa y lo sacudió hasta que le castañetearon los dientes.

Después la mujer dijo:

—Recoge mi bolso, chico, y dámelo.

Todavía lo sujetaba.

Pero se inclinó lo suficiente como para permitirle agacharse y recoger el bolso.

Entonces dijo:

—¿No te da vergüenza?

Firmemente agarrado por la camisa, el chico dijo:

—Sí, señora.

La mujer dijo:

—¿Y por qué querías hacerlo?

El chico dijo:

—No era mi intención.

Ella dijo:

—¡Mientes!

Para entonces habían pasado dos o tres personas, se detuvieron, miraron, y algunas se quedaron observando.

—Si te suelto, ¿saldrás corriendo? —preguntó la mujer.

—Sí, señora —dijo el chico.

—Entonces no te soltaré —dijo la mujer.

Y no lo soltó.

—Lo siento mucho, señora, lo siento —susurró el chico.

—Ajá. Y tienes la cara sucia. Tengo muchas ganas de lavártela. ¿No tienes a nadie en casa que te diga que te laves la cara?

—No, señora —dijo el chico.

—Pues se lavará esta misma noche —dijo la mujer grande, empezando a caminar calle arriba, arrastrando al chico asustado detrás de ella.

Parecía tener unos catorce o quince años, delgado y desgarrado, con zapatillas de tenis y vaqueros.

La mujer dijo:

—Deberías ser mi hijo. Te enseñaría a distinguir el bien del mal. Lo menos que puedo hacer ahora es lavarte la cara. ¿Tienes hambre?

—No, señora —dijo el chico arrastrado—. Solo quiero que me suelte.

—¿Te estaba molestando yo cuando doblé aquella esquina? —preguntó la mujer.

—No, señora.

—Pero tú te pusiste en contacto conmigo —dijo la mujer—. Y si crees que ese contacto no va a durar un rato, te equivocas. Cuando haya terminado

contigo, jovencito, te vas a acordar de la señora Luella Bates Washington Jones.

El sudor empezó a brotar en la cara del chico y comenzó a forcejear.

La señora Jones se detuvo, lo giró para ponerlo frente a ella, le hizo una llave en el cuello y siguió arrastrándolo calle arriba.

Cuando llegó a su puerta, lo arrastró dentro, por un pasillo, y hasta una gran habitación con una pequeña cocina al fondo de la casa.

Encendió la luz y dejó la puerta abierta.

El chico podía oír a otros inquilinos riendo y hablando en la casa grande. Algunas de sus puertas también estaban abiertas, así que sabía que él y la mujer no estaban solos.

La mujer todavía lo tenía agarrado por el cuello en medio de la habitación.

Dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Roger —respondió el chico.

—Entonces, Roger, ve a ese lavabo y lávate la cara —dijo la mujer, y entonces por fin lo soltó.

Roger miró la puerta, miró a la mujer, volvió a mirar la puerta... y fue al lavabo.

—Deja correr el agua hasta que esté templada —dijo ella—. Aquí tienes una toalla limpia.

—¿Me va a llevar a la cárcel? —preguntó el chico, inclinándose sobre el lavabo.

—Con esa cara no te llevaría a ningún sitio —dijo la mujer—. Aquí estoy yo, intentando llegar a casa para prepararme algo de comer, ¡y tú me robas el bolso! A lo mejor tú tampoco has cenado, a estas horas. ¿Has cenado?

—No hay nadie en casa —dijo el chico.

—Entonces comeremos —dijo la mujer—. Creo que tienes hambre, o la has tenido, para intentar robarme el bolso.

—Quería unos zapatos de ante azul —dijo el chico.

—Bueno, no tenías que robarme el bolso para conseguir unos zapatos de ante —dijo la señora Luella Bates Washington Jones—. Podrías habérmelo pedido.

—¿Señora?

Con el agua goteándole por la cara, el chico la miró.

Hubo una larga pausa. Una pausa muy larga.

Después de secarse la cara, y sin saber qué más hacer, se la volvió a secar. Luego se dio la vuelta, preguntándose qué pasaría ahora.

La puerta estaba abierta.

Podía salir corriendo por el pasillo.

¡Podía correr, correr, correr, correr, correr!

La mujer estaba sentada en el sofá-cama.

Después de un rato dijo:

—Yo también fui joven una vez y quise cosas que no podía tener.

Hubo otra larga pausa.

La boca del chico se abrió. Luego frunció el ceño, sin darse cuenta de que lo hacía.

La mujer dijo:

—Ajá. Pensabas que iba a decir “pero”, ¿verdad? Pensabas que iba a decir: “pero yo no robaba bolsos”. Pues no iba a decir eso.

Pausa. Silencio.

—Yo también he hecho cosas que no te contaría, hijo... ni siquiera se las contaría a Dios, si no las supiera ya. Así que siéntate mientras preparo algo de comer. Y pásate ese peine por el pelo para que tengas un aspecto decente.

En otro rincón de la habitación, detrás de un biombo, había un hornillo de gas y una nevera.

La señora Jones se levantó y fue detrás del biombo.

La mujer no vigiló al chico para ver si iba a salir corriendo, ni vigiló su bolso, que había dejado en el sofá-cama.

Pero el chico se cuidó de sentarse en el lado más alejado de la habitación, donde pensaba que ella podía verlo fácilmente con el rabillo del ojo, si quería.

No confiaba en la mujer lo suficiente como para creer que ella confiara en él.

Y ahora no quería que desconfiaran de él.

—¿Quiere que vaya alguien a la tienda? —preguntó el chico—. A lo mejor para comprar leche o algo.

—No creo que haga falta —dijo la mujer—, a menos que tú quieras leche dulce. Iba a hacer cacao con esta leche enlatada que tengo aquí.

—Me parece bien —dijo el chico.

Ella calentó unas judías con jamón que tenía en la nevera, hizo el cacao y puso la mesa.

La mujer no le preguntó nada al chico sobre dónde vivía, ni sobre su familia, ni nada que pudiera avergonzarlo.

En lugar de eso, mientras comían, le habló de su trabajo en una peluquería de hotel que estaba abierta hasta tarde, de cómo era el trabajo, y de cómo entraban y salían todo tipo de mujeres: rubias, pelirrojas y españolas.

Luego le cortó la mitad de su pastel de diez centavos.

—Come un poco más, hijo —dijo.

Cuando terminaron de comer, se levantó y dijo:

—Ahora, toma, aquí tienes estos diez dólares y cómprate esos zapatos de ante azul. Y la próxima vez, no cometas el error de agarrarte a mi bolso ni al de nadie más, porque las cosas que se consiguen así suelen traer mala suerte. Yo ahora tengo que descansar. Pero me gustaría que te portaras bien, hijo, a partir de ahora.

Lo acompañó por el pasillo hasta la puerta principal y la abrió.

—¡Buenas noches! ¡Pórtate bien, chico! —dijo, mirando hacia la calle.

El chico quería decir algo más que “Gracias, señora” a la señora Luella Bates Washington Jones, pero no pudo hacerlo cuando se dio la vuelta en el escalón vacío y miró atrás, a la mujer grande en la puerta.

Apenas consiguió decir “Gracias” antes de que ella cerrara la puerta.

Y nunca volvió a verla.